

La intemperie del acto y la institución analítica¹

Rodrigo Echalecu

Miembro de la EFLA

Pensar la formación de un analista obliga, de entrada, a desmarcarse de la lógica universitaria. No es un asunto de acumular títulos ni de engordar el currículum en los pasillos académicos. En el corazón de una Escuela no habita un saber cerrado; lo que hay es la insistencia de una falta, que es lo_sostiene el deseo del analista. Un deseo que, digámoslo claramente, no es voluntad de bien ni ganas de curar. Es más bien un vacío clínico, el soporte mínimo para recibir el impacto de lo Real.

Sostener ese lugar duele, exige poner el cuerpo. Implica soportar la fijeza del *objeto a* y ubicarse ahí, en esa posición incómoda del desecho, del resto que tiene que caer para que la palabra del analizante pueda, por fin, emerger. Fundar una Escuela es trazar una topología: un intento siempre fallido de amarrar lo indomable de lo Real a la letra de lo Simbólico, sabiendo que en el camino los cuerpos van a tropezar, una y otra vez, con las trampas de lo Imaginario.

Cuando Lacan decía que el psicoanalista solo se autoriza a partir de sí mismo, iluminaba la soledad radical del acto. Un salto al vacío que no pide permiso. Pero la frase se vuelve conflictiva cuando agrega: *y de algunos otros*. Ahí es donde se rompe cualquier ilusión narcisista. El trípode freudiano —análisis, control y textos— se queda flotando en el aire si se esquivo el lazo con la comunidad. El "entre otros" no es una comodidad burguesa; es la comunidad misma que viene a interrogar la práctica.

Por eso la institución no puede ser un techo protector ni un refugio para burócratas. Funciona, si sirve para algo, como un nudo Borromeo donde el cuarto eslabón opera para que el analista no se hunda en el aislamiento o delire en una falsa autosuficiencia. La Escuela no fabrica diplomas. Su función es sostener el psicoanálisis como una herida abierta en la cultura, un espacio donde el decir de esos otros disuelva la ilusión de un Saber Absoluto.

La clínica no produce maestros. Su horizonte es la invención singular, el camino para que cada quien aprenda a hacer algo con su *sinthôme*; ese nudo que no se analiza, sino que se habita para inventar una nueva forma de vivir. Cuando un análisis termina, la economía de goce cambia irreversiblemente; los testimonios de pase están ahí para dar cuenta de eso. El fantasma deja de comandar la vida, la pantalla que filtraba el horror del mundo se rasga y el Gran Otro queda destituido. Ya no hay maestro que garantice el acto ni iglesia que perdone el extravío. Sostener el lazo en medio de esa desolación solo es posible mediante transferencias de trabajo que no retrocedan ante la masa ni cedan a la demanda infantil de amor. Sostener la Escuela es, entonces, un acto político: elevar el residuo del síntoma a la dignidad de una invención social, haciendo *sinthôme*, donando la falta para causar el deseo. Hacemos comunidad para soportar juntos que el Saber Absoluto no existe.

¹ Trabajo presentado en Triempo., Institución Psicoanalítica, en el marco de las Jornadas 30 años de la Fundación: "La formación del analista y su práctica", 11 y 12 de septiembre de 2026.

Llamar "intemperie" al acto analítico lo ubica en el punto exacto donde se suspenden los amparos que regulan el lazo social. Mientras la vida cotidiana ofrece el paraguas del protocolo médico, la norma jurídica o el manual de la academia, el acto ocurre a cielo abierto. No tiene garantías. Si el Gran Otro no existe, no hay un software inconsciente ni un Dios de la clínica que le asegure al analista que su corte, su silencio o su interpretación van a producir un efecto calculable. Operar en acto es aceptar el riesgo de la contingencia, sin más red que la de los significantes. Es una posición despojada.

Al deponer su yo y ofrecerse como objeto vacío, el analista sabe que en la transferencia quedará expuesto a ser idealizado, maltratado o desechado, sin posibilidad de defenderse desde el sentido común. Frente a la tendencia humana de buscar refugio en el sentido y de armar ficciones contra el sinsentido del mundo, el acto analítico apunta a rasgar la pantalla. Su fin es confrontar al sujeto con lo indomable de su goce y con el vacío de la existencia, lejos de cualquier comodidad psicoterapéutica. El psicoanálisis expone los cuerpos al aire helado de lo Real, despojándolos de las respuestas prefabricadas.

Por eso, la institución no es un edificio para protegerse de los rigores de la clínica, sino una estructura diseñada para ayudarnos a sostener el acto caso por caso. Defender esta posición implica soportar la angustia de no saber de antemano qué va a pasar en el instante puro del encuentro. La intemperie no es desamparo neurótico; es el despojamiento del narcisismo necesario para que el inconsciente respire. Taparse con el abrigo del poder o de la sugerencia solo taponan la experiencia. La Escuela dignifica la soledad clínica al abrir un espacio donde los analistas puedan interrogar sus tropiezos y el fracaso de su saber, en lugar de simular un dominio inexistente.

Nos queda la pregunta por la viabilidad de todo esto hoy. ¿Cómo habitar una Escuela sin transformarla en una iglesia que tape lo real de la clínica? No es un dilema teórico; interpela directamente el narcisismo de los analistas en una época donde el mercado empuja a ofrecerse como objetos de consumo.